

En lo que Salta aventaja a Hogwarts

por

Martín Villagrán San Millán

Todo el mundo conoce el célebre colegio Hogwarts de magia y hechicería popularizado mundialmente por ser el ámbito propio de las aventuras, desventuras y freudianamente reprimidas afectividades de dos de sus más distinguidos alumnos como lo fueran Harry Potter y Hermione. También forma parte de nuestra cultura occidental conocer en detalle el carácter del director Albus Dumbledore y sus inmediatos asistentes Severus Snape y Minerva Mc Gonagall. También sabemos que el distinguido establecimiento educativo se encuentra en Escocia, o sea, al norte, bien al norte, de Londres y en tierras altas.

Nosotros, los que vivimos en Salta, *mutantis mutandi*, nos encontramos al norte, bien al norte de Buenos Aires y como habitantes de tierras altas, vendríamos a ser tanto como los highlanders del río de la Plata, sin polleritas pero con ciertas características primitivas que no son del caso ventilar ahora, las que nos acercan mucho a los Pictos.

Así pues, convengamos que estamos bien situados para que, a nuestra manera, en nuestra ciudad de este Valle de lágrimas y de Lerma, tengamos los elementos necesarios para que la hechicería y la magia se instalen y se hagan presentes en lugares y situaciones insospechados. También es cierto que para que la magia y la hechicería se manifiesten hace falta ser agudo observador pues ellas no se hacen presentes a los que miran sin ver, escuchan sin oír y pasan por la existencia sin prestarle atención a la vida. Para estos carenciados solamente les queda sufrir los merecidos efectos de la brujería que es cosa muy distinta, que no tiene remedios ni conjuros como es probable que puedan dar fe todos aquellos que por matrimonio o concubinato se vieron sometidos, con una frecuencia

estadísticamente perversa, a los efectos de la institución de la suegritud.

Volvamos a lo nuestro. En Salta, existen un montón de lugares que tienen magia y otros que están hechizados. También es cierto que insospechadas personas ejercen –con velada eficiencia y bajo inocentes apariencias que las preservan de los diversos modelos de opas,- sus habilidades las que, consecuentemente, solamente son develadas a quienes pueden resultar legítimos beneficiarios.

Mi hermana Bebelá, quien seguramente es una hechicera (¿frustrada?), por su forma de ser y sus insaciables curiosidades, conoce casi todas las personas que ejercen las nobilísimas artes de la hechicería y la magia y, desde luego, los lugares dónde se practican.

Antes de saber todo ello, en una de mis siempre breves y a todos los efectos, insuficientes, visitas a Salta, necesitando comprar un mueble de estilo victoriano, Bebelá, con una seguridad avasallante y apabullante, me dijo: -Ya lo tenés. ¡Acompañame!

Sin saber a dónde me llevaba, enfilamos por detrás del Hogar Escuela y buscamos el sur por la calle Francisco Arias. Al rato nomás, a la altura del 1200, paramos frente a un inmenso galpón que se destaca en un barrio de casas bajas, las más de ellas ostentando con orgullo ser fruto del esfuerzo, el trabajo y el sacrificio de sus ocupantes. Allí, pues, se alza esa especie de enorme catedral del mueble usado. Nos anunciamos tocando un timbre y entramos al negocio que, una vez en su interior, pude percibir que se identificaba con un escudo heráldico y lo que luego sabría se trataba del apellido de su dueña: “Bosi”. De entre los muebles que atiborraban la plata baja, apareció súbitamente una amable señora que saludó con particular afectividad a mi hermana. Se hicieron las presentaciones del caso, y atendiendo a mi aporteñada ansiedad, la verdad, no me detuve demasiado en los prolegómenos sociales y, al borde la guaranguería, pregunté sin más vueltas, dónde podría ver alguna cómoda en buen estado. Inmediatamente, la dueña de casa me dio un papel asentado sobre una tablita, un bolígrafo atado a la tablita. Y me despachó diciéndome secamente: -Vaya arriba y anote el número del objeto

que le interese para poder darle precio. Allá partí, mientras Bebelá seguía enfrascada con su interlocutora en una conversación cada vez más amable y llena de risas.

A medida que subía la escalera hacia el espacioso entre piso, comencé a tomar conciencia de mi cerril conducta y me dije que al despedirme trataría de compensar esta evidente descortesía para lo que son los usos y costumbres del lugar. Sito ya en el lugar de mi destino, hube de esforzarme en organizar mi recorrido ya que era tanta la oferta que uno tenía la sensación de quedar en parálisis por análisis. Finalmente, decidí (o creo haber decidido) que debía circular en sentido inverso al de las agujas del reloj. Curioso. Normalmente, en iguales circunstancias, acostumbro hacerlo siguiendo la dirección del sol en el hemisferio norte. Ahora, lo hacía conforme a nuestra latitud. Pero eso, lo advertí más luego.

Al llegar al punto más próximo al naciente no había visto, todavía, ninguna cómoda pero ya la magia se iba apoderando de mi entusiasmo y de mi imaginación sin que llegara a nublar mi conciencia y raciocinio. Digo esto porque, en ese instante, escuché un murmullo cual el de un diálogo con sordina, de aquellos que más que conversar cuchichean tratando de preservar secretos de oídos indiscretos. Por supuesto, giré sobre mí mismo buscando a quienes venían a turbar mi solitario recorrido. No había persona alguna. Esto me alegró, no soporto la compañía obligada. Lo otro, me intranquilizó. Yo había escuchado el murmullo. Decidí entonces mantenerme quieto en el lugar en que estaba y poner la mayor atención posible a los ruidos que pudiese percibir. Fue entonces que de a poco, lentamente, pude ir escuchando que un sillón tipo silla curul se dirigía gravemente a sofá de dos cuerpos tapizado en gobelino el que en sus maderas mostraba restos de algún dorado a la hoja, muebles ambos que no necesitaban acreditar sus distinguidas procedencias, los cuales habían coincidido en referirse sus historias. Así pude saber que los herederos de don C. Figueroa, no pudiéndose poner de acuerdo en cuál de los derecho habientes habría de quedar el juego de living que adornara la casona desde 1928, en que don C. lo hiciera traer de Buenos Ares, pasó en consignación en procura de nuevo dueño.

El sillón curul se mostraba preocupadísimo sobre su destino implorando, “por lo que Dios más quiera”, que no lo adquiriese gente de mal gusto que lo obligara a compartir espacio y techo con adornos de plástico. El desvencijado sofá, a su vez, quejándose de su estado general se sentía muy perturbado por tener al aire, fuera de la cincha que debía contenerlo, uno de los resortes que daba elasticidad al asiento. Su pudor sufría por ello, aun cuando lo consolaba el saber que no había a la vista ninguna señora o señorita silla o mesa. Se sentía caballero viejo para andar con ostentaciones ociosas.

En seguida, pude advertir los parpadeos de las luces que alternadamente encendían dos arañas, la una de cristales y caireles y la otra de bronce que parecía opaca cual bronce florentino, pero que era de mugre acumulada nomás. De ellas, solamente se sentían exclamaciones como ¡Oh!, ¡Ah! ¡Huy!

¡¿Sí?! ¡No!... La de los caireles, que había transcurrido su larga vida colgada del techo del dormitorio principal de una casa de las que ahora se les dicen palacio, lo más que logró expresar de corrido fue “no me extraña, una vez vi, o creí ver, algo parecido a ello”; y la de bronce, que provenía de una sacristía dijo a su vez, adquiriendo nuevo brillo con su sonrojo, “yo nunca escuché ni vi nada semejante”. Estos eran los comentarios que suscitaba el verborrágico, sostenido, pintoresco y verídico relato que hacía una modesta lamparita con base de madera, pantalla de opalina azul que ostentaba una quemadura de cigarrillo, y foco al tono. Ella había llegado acompañada por un velador, una palangana enlozada y una camita más que amortizada, todo ello proveniente de un desalojo que hacía ya mucho tiempo se había producido en una casita, con dos ventanas a su frente, que siempre se abrían al atardecer, ubicada en la calle Zabala, cuando la calle Zabala era una calle inolvidable. Los detalles del relato quedarán en reserva para no lesionar la exquisita sensibilidad y pudor de mi sobrino R. M. Colina.

En fin, que cuando la magia y la hechicería se expresan, el tiempo deja de poder ser medido en fracciones de hora de sesenta minutos, de sesenta segundos cada uno. Lo cierto es que

moviéndome sigilosamente, pude ir escuchando los relatos que hacían diversas alfombras, una de las cuales resultó ser macho, cosa que hasta entonces nunca había escuchado. Pero sí. Resulta que la mayoría son hembras, pero las que vienen de Turkmenistán, esas, son todos machos. Cuando esto se conozca masivamente, tendremos que decir en lo sucesivo “alfombras” y “alfombros” para no herir susceptibilidades de género, de urdimbre y de trama. Bueno, el alfombro resultó ser un voyeur feliz porque, desde su lógica posición se permitía observar cómodamente lo que las féminas buscaron históricamente ocultar. Escandaloso.

Cuando llegué a la cómoda, sentí que me observaba. Sí, increíblemente, sentía la misma sensación que se percibe cuando uno cree que lo están mirando. Se mantenía en silencio. En su papel se la veía muy cómoda a la cómoda. Ello me dio la posibilidad de advertir la belleza madura de un mueble excepcional. Tres cajones grandes seguían sucesivamente y hacia abajo a uno superior de menor altura. Una tapa de mármol gris con vetas blancas le daba un aire señorial cuyo empaque solamente pueden tener quienes tienen los cabellos con los mismos colores. Una leve alzada con un cajón ancho en el medio y dos más pequeños a los lados, soportaban otra tapa de mármol de iguales características al principal. Un espejo basculante enmarcado por unas maderas en las que se dibujan unas sencillas columnas, le daban a este mueble una distinción que lo hacían (y hacen) único en su notoria aristocracia. La cómoda y su alzada se mostraban pudorosa y elegantemente enchapadas en luma de caoba. Lo que se dice la paquetería llevada a su mayor esplendor. Luego, con sentido crítico no exento de malevolencia, pude advertir la falta de un tirador en el cajón de abajo; un rayón que hacía de cicatriz en el panel izquierdo; el mármol gris estaba partido en uno de sus vértices, también el izquierdo, visto de frente; el espejo, oscilante, mostraba el trajín de los años con la ausencia de algunas gotas de la plata de su luna. Cuando al fin la cómoda se dignó dirigirme la palabra, exteriorizó su mayor habilidad: era una cómoda psíquica. Lo primero que me dijo fue que yo no estaba calificado para hacer comentarios sobre su vetustez porque tampoco yo me cocía en un hervor; que en lo que a cicatrices se

refiere, bien haría yo en mirar la que adorna mi esternón en toda su extensión; que en cuanto se trata del mármol partido, bien podía imaginar, me dijo con evidente molestia incrementada, algún *by pass* o cualquiera otra técnica restauratoria; sobre el espejo envejecido, su argumento de seducción -si tal cosa se puede decir de este monólogo-, fue que lo mejor que podía pasarle a un tipo como yo, que ya peinaba canas, y aun eso cada vez menos, por el proceso imparable de calvicie, lo mejor, dijo, era que me mirase lo más esfumado posible para no caer en merecida y justa depresión. En cuanto a la manijita faltante en el cajón de abajo, me dijo directamente que me fuera a la mierda. Finalmente, bajando el tono de su voz, pero con una claridad de modulación propia de una locutora, me notificó que ella estaba destinada a ser de mi hija Marianita (nunca se sabrá en qué medida prevalece en ella la magia o la hechicería con algunas pizcas de brujería) y que nada más tenía que decirme, salvo que anotara el número de lista, 117, pagara lo debido por ella y la llevarla cuanto antes a encontrarse con su nuevo destino.

Con el número anotado en el papelito entregado por la dueña del negocio obré tal y como me indicara la cómoda. Mi vida es un obedecer. Estuve casado. La despedida, duró más que la visita.

No me atreví a contarles a mi hermana ni a la señora Bosi mi experiencia del entre piso. Temía que la dueña de casa sospechara que el equilibrio inestable en que se asienta mi condición psíquica había cedido irremisiblemente. Mi hermana Bebelá, lo único que habría pensado o dicho es “¿Ven? ¡Ya lo decía yo!” Fue entonces que traté de redimirme de mi incivil conducta originaria y, desplegando un resto de poder de seducción, traté de ver si podía encontrar alguna explicación a lo que me había sucedido. Comencé a indagar si a través de la historia de su vida surgía alguna explicación, aunque fuera de manera oblicua, a lo que sucedía en ese galpón de las maravillas.

Lo primero que pude conocer fue que el nombre completo de la señora era Isabel Bosi. A partir de allí se abrió una historia absolutamente real pero no menos maravillosa. Como al descuido, y para anestesiar cualquier presuntuosidad de mi parte, me anoticié

que éramos parcialmente colegas. Lo éramos solamente en los compartidos títulos de procurador y abogado. Ella, además, se laureaba con un notariado, martillera matriculada y, por mayor mérito, se había graduado en Asistencia Social. Pero por sobre todo ello, era maestra normal y había ejercido su magisterio en escuela rural. No creo que haya título y tarea más valiosos. En fin, que el mundo académico no le era desconocido aun cuando su actividad cotidiana de mueblera y restauradora la obligaba a vestir con una comodidad y simpleza que no condecían en nada con la estereotipada moda que, se supone, debe adornar a una señora que pudo optar por una profesión liberal y eligió el comercio en su versión más sofisticada cual es la actividad mercantil unida a la magia. Claro, no era de esperar que se me desasnara así nomás, en la primera visita, sobre el hecho de que a sus sobrados títulos universitarios se agregaban las habilidades, destrezas, y generosa bondad que la hacen ser la Minerva Mc Donagall ítalo criolla de estos pagos. Porque es bueno que quede debidamente aclarado desde ya, y enfáticamente, por si alguien no lo advierte, que no es lo mismo la hechicería y la magia que la brujería. Que las dos primeras son maravillosas por buenas y la tercera abyecta por mala. Nuevamente el tiempo se detuvo o, al menos, no se correspondía con el ordinario transcurrir del giro de la tierra sobre sí misma. Escuché embobado la historia de la llegada a Argentina de una familia italiana a quienes guiaba la esperanza; de cómo fue creciendo una niña que hubo de aprender el castellano de manera harto rápida para ayudar a su mamá en el almacencito que ayudaba a enterar los pesos necesarios para atender los gastos cotidianos y ahorrar lo que se pueda para mejorar. También escuché, detalladamente, la historia del baúl que quedó en las márgenes del río Juramento, cual testimonio de la ferocidad de algunos criollos mal nacidos. La narración de los esfuerzos fraternos aventurándose en Anta para producir carbón o para criar cerdos fueron metiéndose en mis neuronas pero más, mucho más, en mi corazón. Otros relatos familiares y personales me fueron confiados por Isabel hasta que mi hermana me recordó que debíamos partir a atender nuestras

realidades. Nos despedimos prometiéndonos futuras visitas. Tenía la certeza de haber generado una genuina amistad.

La cómoda, con algún esfuerzo, habiendo subido los dos tramos de escalera de dieciocho escalones cada una, logró ser ubicada en mi reducto del centro situado entre momias andinas, sacrificadas en su tiempo *ad maiorem Inti gloriam*, y una curia con arzobispo, cabildo de la metropolitana y demás dignidades *ad maiorem Dei gloriam* también ellos.

Pasados algunos días, se me dio por atender, lustrando, la cómoda para que pudiera ser admirada en esplendor por la mi hija su destinataria. Asistido de una franela y líquido Venier me apliqué sobre la ya citada cicatriz siniestra con bastante éxito. Entusiasmado, tomé el tubo con aerosol que expelle un excelente lustra muebles y embarduné todo el exterior de la dichosa cómoda y pasé la franela con delicadeza y constancia hasta que su renovada madera me brindó un brillo bruñido. Se ve que este tratamiento de spa logró despertar nuevamente en el mueble su adormecida facultad de diálogo. Indudablemente, se cercioró que no hubiese persona alguna acompañándome y me dijo con voz muy queda que, por favor, la aliviara de su condición de confidente ya que prefería la de mensajera. En un primer momento, me resistí a creer que tales cosas me estuviesen pasando nuevamente y casi entré a dudar de mi ya escasa cordura, pero me tranquilizó la certeza de no tener testigo alguno que pudiese referir que en algún momento se me viera hablando con la cómoda. Asegurada mi impunidad, presté absoluta atención y se me indicó de manera perentoria que retirara los papeles que se encontraban detrás del cajón bajo, al cual le faltaba, como ya sabemos, una de las manijas tiradoras. Lo que no había advertido era que ese cajón era levemente menos profundo que sus otros compañeros y que la tabla del falso fondo era fácilmente removible. Este secreto que me fuera confiado por la cómoda me permitió acceder a unos sobres conteniendo desordenados escritos, unos casetes, algún diario amarillento por el paso del tiempo, y un impagable álbum de fotos que me permitió fisgonear a gusto y paladar instantáneos recuerdos ajenos.

Tal como los recibí hoy los transcribo. Y no me vengan a pedir explicaciones lógicas de cómo fue que llegaron allí, de cómo puede ser que me estuviesen destinados, de que las cómodas no hablan, y tantas otras inquietudes de la sana lógica que de manera alguna les son aplicables a la hechicería ni a la magia. Mi respuesta a esas pedestres requisitorias no puede ser otra que la que me aplicara a mí mismo la cómoda cuando me inquieté por la falta de manijita.

Bueno pues, bajo secreto y sin edición alguna, confío a la discreción del lector lo que pude leer y ver, de la misma desordenada manera en que yo mismo lo hice.

“Hola Dr.

Le envío estas notas q’ son un bosquejo o parte retazo de mi historia real de vida de sufrida inmigrante conocida por Ud. (Testado: y mi deseo y mi deseo p/mi es que q’ Ud. lea estos. / Me motiva.)

Si no es mucha molestia q’ los lea y dé su erudita opinión p/ saber si voy p/ buen camino. Ya la había archivado p/ falta de motivaciones. Cuando comencé solo lo hice p/ darle paz a mi conciencia p/ una promesa que hice hace 40 años a mi madre. “Vos que sos la leída contá nuestra historia que no es más que historia. Tal vez alguien que la lea le sirva p/ conocer lo que es un inmigrante” –Cuesta ser inmigrante- lo escribí en 1ª persona porque lo viví en 1ª persona, no sé si está bien –Desde ya gracias por su tiempo. No sé si llegará al fin o pasará a la papelera.” Continúa un párrafo de texto ilegible.

Siguieron a esto, dos hojas de papel escritas a ambas caras, correspondiendo la segunda, a la Factura N° 0980 de fecha 1/8/86 emitida por “Norte” Artículos del hogar – Mueblería de Margarita Leonor Gerez de Lo, de la calle San Martín 801/803, Salta, correspondiente a la venta que se hiciera de un colchón Suavestar por el que se pagaron Australes sesenta y cuatro con 98/100. En dos cuotas de A.32, 49 c/u con vencimientos el 12/8 y el 12/10 del 86. La compradora era doña G. I. con domicilio en la calle Los Pacarás al cuatrocientos del barrio Tres Cerritos. ¿Cómo fue que este instrumento mercantil llegó a manos de Isabel para transformar su esencia formal y leguleya en ennoblecido instrumento de

confidencia? Chi lo sa. Misterio. Vamos al contenido de lo que la autora titulara “Una Nota. (Testado: No es fácil recordar – No todos los inmigrantes) (1) La mayoría de los inmigrantes y por ende de sus descendientes no quieren reconocer q’ vinimos a distintas latitudes de América empobrecidos por las guerras, por ansias de superación, en busca de pan y paz. Esto que les voy a relatar lo viví en carne propia. Una noche eran las 21 hs., recibo un llamado telefónico, una voz femenina preguntaba por Isabel Bosi, a lo que respondí “soy yo”, me preguntó: “¿Ud. es italiana?”, a lo que respondí con orgullo “sí, lo soy”. Me comentó q’ su tía había sido compañera mía en la Secundaria, en el Colegio del Huerto, y le comentó que era italiana de 1ra generación. Esta voz femenina pertenecía a una joven periodista de un diario que se llamaba Eco del Norte, que recién empezaba a editarse, [diario] que le encomendó para sus primeras ediciones, la entrevista y la historia de inmigrantes italianos. Ya había tocado varias puertas durante días y todos se negaron a contar sus historias. La recibía a las

22 hs. Llegó ella muy feliz y acompañada de un joven. A mí, me acompañaban dos matrimonios de Buenos Aires, proveedores. Sacamos en conclusión que nadie quiere reconocer que a pesar que triunfamos unos más que otros, sin despreciar... pero que vinimos con una mano atrás y otra adelante, o sea q’ no todos sienten igual q’ yo que soy orgullosa de serlo y reconoce que esta parte de América me adoptó y logré ser lo que soy “una triunfadora” por mérito propio. Intelectualmente y económicamente; personalmente, conjugo las dos teorías filosóficas del Destino – Venimos a este mundo con el libro del destino bajo el brazo de --- (Hube de emigrar de Italia, país donde nací y me trajeron a la América al tener 4 y ½ años, no tenía ni voz ni voto, no tenía poder de decisión) Hoy pienso que mis padres fueron unos aventureros, y que me perdí en lo afectivo el calor y el cariño de mis abuelos y tíos; era mi destino. – La otra teoría dice: cada uno es arquitecto de su destino (testado: lo que es la vida) Cuando digo soy una triunfadora porque “yo me hice a mí misma”, con tesón, trabajo, sacrificio, estudié 7 carreras (----) trabajé como (----) y mi último trabajo en relación de dependencia fue como maestra rural q’ logré

en la universidad los títulos de Procuradora, Escribana y Abogada. / Los primeros inmigrantes fueron en la época de la colonia; no todos fueron nobles se conoce por los trabajos propios de las carabelas y la hueste de soldados p/ la colonización de América Central y del Sur (e/1 “con la cruz) eran reos de las cárceles, con la posibilidad de sobrevivir morir, pero c/ los pulmones llenos de aire puro.- (2) Una Nota – Los inmigrantes de la segunda época eran distintos (testado: bastante) y de distintas latitudes y C/ las más variadas motivaciones, “laburantes”, los aferrados a la tierra, los netamente comerciantes, otros c/ oficios, etc.

La nota que me hicieron fue editada un sábado 7 de agosto de 1991. – Fotocopia de la 1ª hoja (plana) y el contenido de la página 13 en la sección “Hogar y Mujer” titulado: “la raíz de una mujer” – Nada podía abatir a Isabella – Ilustrada con 3 fotos. Lamentable que este diario que me hizo la nota q’ prometía competir con el único diario monopólico El T., en información y captación de avisos de Salta y de Jujuy, tuvo una vida efímera (testado ilegible) tenía una diagramación y los motivos de su cierre es obvio, el pez grande se como al chico.”

El diario Eco del Norte era dirigido por Luis Guillermo López Mirau y la nota apareció en el N° 114, a un costo de 7.000 australes el ejemplar. La inflación se hacía sentir. Recordemos que en agosto del 86 se compraba un colchón de marca por algo más de 86 australes y ahora, en 1991, con 7.000 australes solamente se compraba un diario. ¡Y lo que vino después...! Lo cierto es que la nota, firmada por la periodista Sandra Noemí Muñoz, es una acabada muestra de respeto a la entrevistada. Allí, Isabella Bosi desgrana en detalle su maravillosa y dramática vida en la cual la presencia de la guerra se hizo sentir como una constante aun a una larga distancia en el espacio y en el tiempo. Solamente traeremos a la memoria y al presente el hecho de que el papá de Isabella/Isabel había peleado en España durante su guerra civil; en la segunda guerra mundial, en África y Yugoslavia, vuelto a Salta luego de una larguísima ausencia, en su finquita de Talapampa, en 1978, escuchó que Chile y Argentina se movilizaban para solucionar su largo conflicto fronterizo mediante las armas. La guerra se hacía

presente nuevamente en su vida. Ante esta eventualidad se le reabrieron las cicatrices, pero no las del cuerpo sino las del alma. No. Una guerra nuevamente y... ¡en América! Fue más de lo que pudo aguantar. Isabel sumó, a lo que había sido su orfandad paterna por ausencia temporal de su progenitor, esta vez, la definitiva.

Otros relatos que la tienen a Isabel Bosi como protagonista quedaron grabados en casetes. Tomé uno a azar y lo puse en el reproductor. La inconfundible voz de César Perdiguero, desde el pescante de su victoria, me llevó a pasear por esa Salta todavía a la medida del hombre, haciéndome conocer que su pasajera aquella noche no era otra sino nuestra Isabel y su historia de vida.

Guardé lo que los españoles llaman la cajeta (salvaje traducción de cassette) y me detuve en un álbum de fotos que sirve, además, de archivo de recuerdos de diversos viajes realizados por Isabel. Recorrí, acompañándola con mi imaginación, un recorrido en crucero por la Patagonia, Tierra del Fuego, Malvinas y Brasil. ¡Que vidurria a bordo del Enrico C! de la célebre compañía Costa con base en Génova. Las centollas fueguinas y los locos chilenos se incorporaron de manera definitiva al recuerdo gastronómico de mi amiga.

Las primeras luces del alba estaban apareciendo sobre la cumbre del San Bernardo. Escuché que la cómoda -que había guardado prudente silencio limitándose a las más mínimas y necesarias intervenciones, ahora, de manera imperativa y hasta diría que groseramente, me informaba que el tiempo de la magia se agotaba y debía guardar para su preservación todo el materia del que ella era depositaria y guardiana; y rápido, bajo apercebimiento de que se me combustiera todo en las manos.

En la próxima luna llena podré volver a hacerme temporalmente, si fuera voluntad de la cómoda, de otros papeles que integran y completan la historia de mi querida, admirada, amiga maga y llena de hechizos, Isabel Bosi. Si mi hermana Bebelá, de iguales características, me lo permite. Ya les dije que mi vida es un obedecer, ojalá se la pueda contar.

Salta – 6 de julio de 2015.